

El término axiología deriva del griego axios: “lo que es valioso o estimable”.

Los valores son aquellas cualidades especiales que tienen algunas realidades, llamadas bienes, por los cuales son estimables o valiosos.

También se consideran valores a aquellos principios que impulsan a las personas a realizar buenas acciones.

Los bienes son los objetos valiosos, los objetos sirven de soporte a los valores.

La investigación de la teoría de los valores ha encontrado, como veremos, una aplicación especial en la ética y en la estética.

Con referencia a los valores encontramos diversas posturas, así, por ejemplo, el subjetivismo axiológico, pone el énfasis en el sujeto. Éste es el que realiza el proceso de valoración: los valores no tienen existencia en sí o por sí. Se trata, en definitiva, de un relativismo.

Tal postura se distingue de una consideración objetiva: los valores existen por sí mismos y son universales. De este modo, ellos son independientes de los objetos en que residen y de los sujetos que los perciben.

Por otra parte, el bien puede ser considerado como algo real o como un valor. En el primer caso sería objeto de la metafísica, en el segundo de la ética.

La concepción del Bien como entidad real la encontramos, por ejemplo, en Platón donde en su República, identifica el Bien con el Ser<sup>1</sup>. La misma concepción será tomada, más tarde, por San Agustín.

San Agustín usa el término bien como sinónimo de perfección, de ser.

Dios es el supremo Bien y el supremo Ser por sí mismo, por su propia naturaleza y esencia. Todos los demás bienes lo son por participación<sup>2</sup>. Dios es el sumo Bien –no el sumo valor–el vere esse agustiniano, inmutable y eterno, la fuente de todos los demás bienes y de todos los valores<sup>3</sup>.

En efecto: “Así verás a Dios, que no es bien en otro bien, sino Bien de todo bien”.<sup>4</sup>

Como todos bien sabemos, San Agustín concibió al universo como una jerarquización de bienes dispuestos en diferentes niveles de perfección y bondad, en cuanto semejanzas, vestigios o imágenes de Dios.

---

<sup>1</sup> Platón, República 507<sup>a</sup>-509<sup>b</sup>

<sup>2</sup> San Agustín, La Naturaleza del Bien, 1,1

<sup>3</sup> San Agustín, Confesiones, VII,12,8

<sup>4</sup> San Agustín, De Trinitate VIII,3,4

Según las Sagradas Escrituras, Dios ha creado todas las cosas, materiales y espirituales, y las crea con medida, número y peso. Pensó estos conceptos bíblicos en relación con la estructura triaca “modo, especie, orden”, que definía la estructura general del universo.

Así, todo lo que es, en cuanto creado por Dios, posee también la cualidad de bondad, *quaecumque sunt, bona sunt*<sup>5</sup>.

Si las creaturas se corrompen es porque participan a la vez de la bondad y del ser. Su corrupción les quita no solo el bien sino también el ser.

El mal moral depende de la voluntad de la persona. El mal moral implica que el hombre subvierte el correcto orden de lo que debe ser amado” antepone lo efímero y temporal a lo eterno, al mundo de Dios<sup>6</sup>.

San Agustín no niega absolutamente el valor a los bienes corporales, pero los sitúa en su orden correcto: el cuerpo debe someterse al alma y el alma a Dios. Dentro de la concepción agustiniana la jerarquía axiológica absoluta supone la superación de los valores vitales por parte de los valores religiosos.

En el mandamiento de amor a Dios y al prójimo se incluyen todo género de bienes, y en su adecuado cumplimiento se respeta el *ordo amoris* que lleva a una vida buena, justa y feliz.

Así leemos en la Ciudad de Dios: “Una definición breve y verdadera de virtud es el orden del amor”<sup>7</sup>.

De este modo, el orden en el amor es la auténtica llave para entrar de lleno a una correcta vida moral. El *ethos* se relaciona con el *ordo amoris*.

San Agustín fue el pionero en hacer evolucionar el concepto de virtud, desde la clásica “disposición del alma conforme a la naturaleza y a la razón”<sup>8</sup> (*ordo est rationis*), hasta la consideración de la misma como “manifestación del amor”<sup>9</sup> (*ordo est amoris*).

Los males morales son solo obra del hombre y, en este último caso, hay que distinguir entre la falta y el acto malvado. Porque el hombre comete un mal ignorando, desconociendo lo que debe querer, comete una falta. Pero el hombre que, con conciencia, de lo que no debe querer asiente al realizar tal acción, comete una maldad, pecado, trasgresión.

El mal moral se reduce al pecado, y este, principalmente, al pecado original. En todos sus casos, el mal “se muestra como lo que no debería ser y que, sin embargo, existe, aunque con un modo de existencia que no es ser, en tanto que también es negación o limitación de ser, o bien, oposición total al ser”<sup>10</sup>.

---

<sup>5</sup> San Agustín, Confesiones VII,12

<sup>6</sup> San Agustín, Confesiones, VII,12

<sup>7</sup> San Agustín, Ciudad de Dios XV,22

<sup>8</sup> San Agustín, Cuestiones diversas 31

<sup>9</sup> Las costumbres de la Iglesia y la de los maniqueos, I, 15,25

<sup>10</sup> San Agustín, Ciudad de Dios, XI, 9

El mal no tiene naturaleza y recibe el nombre de mal la pérdida de bien<sup>11</sup>.

Esta mezcla del bien y del mal posee un orden semejante a un poema hermoso, aunque trágico.

Refiriéndose a la totalidad del universo, esto dice San Agustín : “Así como contraponiendo los contrarios a sus contrarios se adorna la elegancia del lenguaje, así se compone y adorna la hermosura del universo con una cierta elocuencia, no de palabras, sino de obras, contraponiendo los contrarios”<sup>12</sup>.

En definitiva, “...maligna altanería querer el alma en algún modo hacerse o ser principio de sí misma, dejando el principio con quién debe estar unida. Esto sucede cuando uno se complace demasiado a sí mismo, y complácese a sí mismo de esta manera, cuando declina y deja aquel bien inmutable que debió agradarle más que ella a sí misma”<sup>13</sup>

La providencia lo abarca todo: la existencia del bien que Dios quiere, y la presencia del mal que Dios permite, para que se obtenga de él beneficios mayores.

Como señaláramos con anterioridad, la investigación de la teoría de los valores ha encontrado también una aplicación especial en la estética.

El pensamiento de la belleza acompaña siempre a la reflexión agustiniana, y la universalidad bella (pulchra universitas) aparece como el despliegue mismo de la finitud hermosa<sup>14</sup>.

El universo, para San Agustín, es, por ello, radicalmente bello. La belleza es un componente capital del mundo, inseparable de su misma raíz y acontecer. Es un hecho universal<sup>15</sup>. Todo lo recorre y todo lo abriga, es decir, todo lo creado y toda la creación<sup>16</sup>. La belleza todo lo integra y todo lo incluye.

En sus obras hallamos una concepción objetiva de belleza, de raíz platónica, ligada a una apreciación de la medida y el número como responsable de lo bello, visión pitagórica que San Agustín transferirá al mundo medieval como armonía de las partes. Los ecos de la mística pitagórica aparecen en no pocos pasajes de su obra, si bien la mayoría de las veces partiendo del fragmento bíblico que dice con referencia a Dios: “...todo lo dispusiste en medida, número y peso”<sup>17</sup>.

La música, como todo arte liberal, se postula como un exercitatio animae, a través de la cual las personas se preparan para la filosofía. Sin ellas no se podría acceder al estudio del alma y de Dios.

---

<sup>11</sup> San Agustín, Ciudad de Dios, XI, 17

<sup>12</sup> San Agustín, Ciudad de Dios, XI, 18

<sup>13</sup> San Agustín, Ciudad de Dios, XIV, 13

<sup>14</sup> San Agustín, De Lib. Arb., III,15,43

<sup>15</sup> San Agustín, De Vera Religione, 40,76

<sup>16</sup> San Agustín, Ciudad de Dios, XI, 4

<sup>17</sup> Sabiduría, 11,21

Con la ayuda de las artes liberales el alma se prepara gradualmente para captar la armonía del universo y el intenso brillo y esplendor de la verdad divina<sup>18</sup>. Previamente, mediante una *exercitatio animi*, el alma se entrena en mantenerse alejada de lo sensible<sup>19</sup>.

San Agustín intenta mostrar que la norma de la belleza, la unidad, aunque la trasciende, está dentro del alma. Para ello, el artista fija su mirada dentro de sí y descubre la presencia de lo eterno, impreso en su memoria<sup>20</sup>.

Así, los versos, la música, las obras de arte son el reflejo del alma del artista en la cual se encuentran las armonías eternas. El origen de la música bella es, en este sentido, la experiencia interna de Dios. La experiencia musical es entendida como un camino de elevación humana. Un camino que se orienta desde la bellezas sensible a la inteligible, desde el artista humano al divino artista-creador. El mundo creado es el *speculum* a través del cual se puede ver a Dios.

Aquello que más influye en San Agustín en su apreciación de lo bello es su conversión al cristianismo. Esto lo llevará a descubrir una dimensión espiritual y trascendente en todas las manifestaciones de la belleza, tanto artísticas como naturales. Nunca niega el valor de la belleza sensible ni el de los sentidos para poder captarla, pero sólo reconoce dicho valor a la luz de la revelación de una Belleza superior recibida por medio de los sentidos internos.

Así leemos en *De Lib. Arb.*<sup>21</sup>: Adonde quieras que te vuelvas, te habla (la Sabiduría) mediante ciertos vestigios que ella ha impreso en todas sus obras, y cuando reincides en el amor de las cosas exteriores, ella te llama de nuevo a su interior valiéndose de la misma belleza (forma) de los objetos exteriores, a fin de que te des cuenta de que todo cuanto hay de agradable en los cuerpos y cuanto te cautiva mediante los sentidos externos, está repleto de números, e investigues cual sea su origen, entres otra vez dentro de ti mismo y entiendas que todo eso que llega a tu alma por los sentidos del cuerpo no podrías aprobarlo o desaprobarlo si no tuvieras dentro de ti mismo ciertas normas de belleza, que aplicas a todo cuanto en el mundo externo te parece bello. Contempla el cielo, la tierra y el mar, y todo cuanto hay en ellas, los astros que brillan en el firmamento, los animales que se arrastran por la tierra, las aves que vuelan por el aire y los peces que nadan por el mar, y verás que todo tiene su forma/belleza porque tienen sus números. Quítales éstos y nada quedará”.

Las mismas producciones bellas de los hombres están regidas por números. Que hay detrás de todas ellas? El número responderá: *Ecce sum*. Remontándonos a través de ellos llegaremos a la mente del artífice y analógicamente, trascendiéndolos llegaremos al número sempiterno, signo de la Sabiduría. Este hablar de la Sabiduría en las cosas no es para que nos detengamos en ellas sino para trascenderlas, de lo contrario obraríamos tan neciamente como quienes oyendo a un sabio pierden el contenido principal de sus pensamientos para reparar en la suavidad de la voz”<sup>22</sup>.

---

<sup>18</sup> San Agustín, *De Ordine*, I,2

<sup>19</sup> San Agustín, *De Ordine*, I,3

<sup>20</sup> San Agustín, *De Música*, VI,10,28

<sup>21</sup> San Agustín, *De Lib. Arb.* II,XVI,41

<sup>22</sup> San Agustín, *De Lib. Arb.* II,XVI,43

Entender el mundo sensible es saber que está regido por el orden armónico del número. La razón capta la unidad, el orden, la simetría y la congruencia en la modulatio proporcionada de las cosas del mundo.

En el mundo sensible están los vestigios de la razón. Desde allí parte la inteligibilidad, para elevarse a la contemplación racional, es decir, para fundamentar su actividad y discurso acerca del orden y la proporción, que es –en suma- el numerus y, a la postre, Dios, verdad única y mística<sup>23</sup>.

En suma, en nuestra pulchra universitas, nada escapa a la proporción y a la belleza<sup>24</sup>.

La armonía y proporción como anhelo de la igualdad y proporción eterna, se hace patente en la armoniosa disposición del universo perceptible, en su correlación y mutua correspondencia<sup>25</sup>.

Todo lo ordenado es bello<sup>26</sup>. La armonía comienza por la unidad y es bella gracias a la igualdad y a la simetría y se acopla por el orden<sup>27</sup>.

La estética agustiniana incluye tanto la dimensión objetiva de belleza como la subjetiva. La dimensión objetiva aparece con la manifestación sensible y temporal de las leyes inteligibles y eternas; la dimensión subjetiva a través de la experiencia de lo bello en la que participan el cuerpo, el alma, la percepción, la intelección y la contemplación. Y el vínculo entre ambas dimensiones que se expresa mediante la articulación del juicio estético.

Todo su sistema estético se cifra en la palabra armonía, armonía en el reposo, armonía en el movimiento. Esta nota de armonía supone la totalidad sobre el compuesto, y por eso nos enseña San Agustín que, de partes imperfectas, puede resultar cierta perfección estética en el conjunto, donde agradan ciertos detalles que, mirados aisladamente, nos parecerían defectuosos y hasta feos.

---

<sup>23</sup> San Agustín, De Ordine, II,14,41

<sup>24</sup> San Agustín, De Lib. Arb., III,9,27

<sup>25</sup> San Agustín, De Música,VI,13,38

<sup>26</sup> San Agustín, De Ordine, II,18,48

<sup>27</sup> San Agustín, De Música, VI,17,56